

MAURICIO MOLINA

UN REFUGIO ENTRE LAS ROCAS

Mauricio Molina (México, 1959) es autor de la novela Tiempo lunar, del libro de cuentos Mantis religiosa y de los libros de ensayo Años luz y La memoria del vacío. “Un refugio entre las rocas” es, entre otras cosas, una lectura moderna del mito bíblico de Sodoma y Gomorra.

*Levántate, toma a tu mujer y a tus dos hijas que están contigo,
no sea que perezcan por la maldad de la Ciudad
Génesis, 19:15*

BLANCO Y NEGRO LO VENÍAN SIGUIENDO EN SU DIARIA CAMINATA por el parque. Los árboles, bañados por la luz matutina del invierno, tenían esa mágica potestad que les confiere la soledad y el aislamiento. Húmedas, sus manos transpiraban ya de tanto recorrer los senderos del parque. El trote escarchado de sus tenis acentuaba la sensación de soledad,

de ausencia. Corría ya en ese estado de flotación, cuando se pierde la noción de que se ha empezado y sólo la certidumbre del cansancio conduce cada zancada, cada respiración. Blanco y Negro corrían junto a él, alegres y vivaces, moviendo la cola, deteniéndose a orinar un árbol o a olisquear la huella de algún semejante: un desconocido, un ancestro, una hembra en celo. También ellos hacían sonar sus patitas sobre la grava roja del parque, y de vez en cuando ladraban a una paloma que alzaba el vuelo, al vacío, o también gruñían de aburrimiento, se retrataban y se adelantaban. Cuando los veía juntos recordaba siempre el elegante anuncio de su whisky predilecto: el West Highland blanco y el Scottish Terrier negro. Estaba orgulloso de sus perros. La hembra blanca y el macho negro, un cliché, pensó, mientras el vaho salía de su boca, como si al correr estuviera fumando a grandes bocanadas.

Cansado, sumergido en el vértigo del trote, comenzó a bajar el ritmo, soltando los músculos tensos de tanto correr. Finalmente se detuvo y exhaló una nube de vapor que se quedó flotando en su cabello unos instantes. Mareado, vio a lo lejos el volcán cubierto de nieve anaranjada por el sol. Un hongo de humo lo rodeaba como la aureola de un santo. Observaba la ciudad al amanecer, gigante encapuchado de ojos de piedra, espe-

rando una señal para avanzar sobre los edificios indefensos, aplastándolos con enormes pisadas de lodo y exhalaciones de lava.

El sueño había sido extraño. Una lluvia densa, espesa, como de lodo, caía sobre la calle iluminada por un farol calvo. La luz canosa se disolvía entre los charcos. Llegó a un cobertizo donde un grupo de fotógrafos encendían sus flashes. Ahí dentro un grupo de torturadores golpeaba y ultrajaba a los prisioneros amarrados a estrechas sillas pintadas de un verde escamoso y descascarado. Sobre una mesa había un montón de cocaína y a los lados vidrios rotos y navajas de rasurar que servían tanto para torturar a los prisioneros como para preparar las líneas que aspiraban los torturadores con elegante parsimonia. En la casa contigua un grupo de rabinos se inclinaban una y otra vez para rezar el *kaddish*. Uno de los rabinos se dirigió a él y le dijo, podía recordarlo con una claridad asombrosa:

—Venturoso es el que teme siempre.

En otro segmento del sueño vio en el periódico su propia imagen en primer plano, mientras al fondo se alcanzaba a ver a los verdugos. Los titulares estaban escritos en hebreo.

Se tranquilizaba pensando que esos sueños no querían decir nada, o que tuvieran algo que ver con su propia vida. Se repetía que no había trauma oculto, ni cicatriz, ni drama edípico

bajo aquellas imágenes gaseosas, de luz de neón y sórdidos lugares ambientados con la música de los gemidos y las blandas percusiones de los golpes en el cuerpo. Mientras conducía rumbo a su casa, y escuchaba a sus perros bufando contra el viento, asomados por la ventanilla, la memoria del sueño se desvaneció, al tiempo que la sensación de claridad, de frescura, volvía a invadir su cuerpo.

Sintió la casa acogedora de la mañana, con sus camas destendidas, sus aromas de café, de chocolate con leche caliente, de cálida ropa interior tirada en el piso: olores familiares de sus hijas, de su mujer, de Blanco y Negro. En la cocina Tania y Natasha estaban desayunando. Sonia tomaba café con prisa, lista para irse al trabajo. Blanco y Negro bebían leche de sus platos con la avidez de siempre. Abrazó a Sonia y miró a sus hijas. Orden, pensó: eso era todo. Equilibrio, sensación de hogar. Se sintió invadido por la plenitud de una certeza: habitar un sitio acogedor y preciso, en la accidentada y hostil geografía de la ciudad, era una especie de íntimo milagro.

Sonia salió corriendo. Por alguna razón extraña tenía que trabajar el sábado. Subió al auto y prometió llegar a la casa antes del anochecer. Las chicas se quedarían en casa todo el día. Antes de marcharse, Sonia se dio vuelta y miró en dirección de la casa: ahí estaban su esposo y sus hijas capturados en una instantánea de su mente.

Él sabía que la botella estaba oculta bajo su mesa de trabajo, en un cajón secreto. Black & White, Scotch Whisky. Empezó a beber temprano. Los hielos crujieron en el whisky: icebergs en espera del *Titanic* para hundirlo. Hacía meses ya, un tiempo enorme, que no bebía un solo trago. Ya era hora. Saboreó el whisky de las nueve treinta de la mañana, raspando su garganta, haciéndolo toser, dándole náuseas. El segundo trago eliminó los síntomas del rechazo, comenzaba a disfrutarlo. En el vaso terminaba el mundo y comenzaba el río de fuego, la casa ligeramente extraña.

La actividad volcánica y la primera menstruación de Tania no habían sido coincidencia. Apenas la noche anterior. Recorrió los calzones manchados de sangre y el rostro tumefacto por

el susto, mientras Sonia, piadosa, la tranquilizaba. Las toallas femeninas todavía estaban en el cesto de basura. El volcán, la luna llena, el sueño con los rabinos, la cocaína, la lluvia de lodo quemante, espesa, chamuscándolo todo: el rompecabezas comenzaba a cobrar sentido.

Mientras bebía pensó en las niñas semidesnudas cada noche,



Ilustración: LETRAS LIBRES / Gabriel Gutiérrez

poniéndose el camisón o recostadas en la alfombra, en calzones, mirando la televisión, entre palomitas y refrescos. Sentado en su sillón vio pasar a su hija más pequeña, atisbó la lordosis pronunciada de Natasha mientras salía en ropa interior de la ducha, la grupa lista para el rapto, los senos empezando a florecer, y le vino a la mente una tarde hacía meses, el mar de acero y el crepúsculo cobrizo una tarde hacía años, las nalguitas justo sobre el bulto de su sexo, la erección involuntaria, incómoda, oculta en el rincón más lejano de su mente y reapareciendo ahora, mientras el whisky ya adormecía su garganta. El rabino tenía razón:

venturoso es el que teme eternamente. Blanco y Negro ladraban enloquecidos mientras comenzaban los temblores, el sonido del volcán abriéndose en un parto doloroso. Purificación por el fuego. Sentencia de muerte a todo aquello. La radio comenzaba a carraspear y la televisión se había quedado ciega. Basta: hora de largarse con las niñas. Rumbo al mar, lejos de ahí. Un refugio entre las rocas.

El volcán, el volcán en la ventana, y el sueño y la mano en alto de su mujer petrificada despidiéndose antes de subir al auto rumbo a la ciudad. Media botella. Cuatro whiskies dobles. Las niñas estaban esperando para irse con él. A través de la ventana el volcán arrojó una nube blanca en forma de hongo, se alcanzaban a ver las primeras llamaradas, las rocas ardientes, en cámara lenta, cayendo sobre los edificios sorprendidos y las calles a las que había tomado por descuido. La ciudad quedaría cubierta por la piedra líquida y humeante. Ríos de fuego arrasando con los autos y las elevadas construcciones. Los gritos aterrorizados de los habitantes. Ni siquiera hay tiempo para hacer una llamada. Un gigantesco océano salado cubriría la ciudad después de su purificación por el fuego. *El más bien muerto de los mares muertos*, musitó con el alcohol atravesando sus arterias. Blanco y Negro ladraban enloquecidos: sálvense ahora, mientras pueden. Una nube oscura nublaba el cielo. Mañana oscura. No esperaremos a su madre, ya nos vamos. Que nos alcance, si es que puede. Las

niñas lo miraron extrañas. ¿A dónde? Ya tendrán tiempo de saberlo. El volcán a punto de estallar. Los cables de la televisión y las ropa desgarradas servirían. Las niñas gritaban asustadas, no, no lloren, no se preocupen, estarán seguras conmigo. Sintió de pronto la casa ajena, siniestra, irreconocible, y vio los rostros de sus hijas como los de dos desconocidas. Conocía la cueva, el refugio. La lava llegaría por el Oriente. No quedaría nada: edificios calcinados, derretidos emergiendo del lago salado del que hablaban las leyendas más antiguas. De nuevo un reino de crustáceos y oscuras deidades larvándose en el lodo. Todo tan claro, tan perfecto. Sólo él, que corría todas las mañanas, y sus hijas, las más bellas e inocentes, podrían salvarse. Todos los demás habían sido condenados. La advertencia de los perros ladrando en el jardín era muy clara.

Completamente ebrio, ya en la camioneta, a través del espejo retrovisor, sintió la mirada lasciva de sus hijas, esos ojos inyectados que no parpadeaban, esos murmullos que a través de la mordaza parecían jadeos. Venturoso es el que teme siempre. Un refugio entre las rocas. Comienza a caer el fuego de los cielos. No miren hacia atrás. No miren. Tu mujer: estatua de sal ya consumida por el fuego. Es hora. Han sido llamados. La solitaria carretera, el paisaje desolado. Un refugio entre las rocas. No miren hacia atrás. No miren. Pronto habrá pasado todo, y no habrá nada más de qué preocuparse... —

